

LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

*Licda Nory Molina Quirós

"Todo gran suceso histórico llega a alcanzar al cabo una señalada resonancia en los predios del arte. La Revolución Mexicana de 1910, la empresa de mayor contenido y de aspiraciones más altas realizada por un pueblo de nuestro hemisferio después de la tremenda lucha por la independencia política, ocasionó un profundo impacto en dos dimensiones estéticas, en la novelística y en el arte mural. Ambas expresiones artísticas han servido, señala Salvador Bueno **, para que el pueblo mexicano pueda idear y plasmar sus más acendrados anhelos".

Adalbert Dessau, estudioso de la novelística de la revolución señala tres formas básicas de reflejar los hechos:

* Licda. Nory Molina Quirós. Licenciada en Filología Española. Investigadora, Profesora de Literatura y Profesora del Taller Aula Libre.

** Bueno, Salvador. Aproximaciones a la literatura hispanoamericana. (La Habana: Ediciones Unión, 1984) Pág. 315.

1. La trasposición literaria de recuerdos personales, como en las primeras obras de Azuela o en la representación de las luchas armadas que hacen otros autores. (Azuela)

2. La reproducción e interpretación literaria de la Revolución comienza con Azuela, y en 1927-28 llega a constituir la corriente principal de la novela de la Revolución. A este grupo pertenecen obras de las diversas opiniones sociales. Sus autores son intelectuales relacionados con el Partido comunista, revolucionarios pequeño burgueses y burgueses, y aún enemigos de la Revolución, descendientes de la vieja burguesía de orientación liberal. Pese a las diferencias resultantes, las obras de este grupo tienen en común el esfuerzo por lograr una reproducción artística que tenga relevancia social (Azuela, Guzmán).

3. La tercera forma básica de reflejar la realidad social es la reproducción literaria del carácter nacional mexicano captado antológicamente. Es resultado de la consolidación de la Revolución por la burguesía nacional llegada al poder, y se diferencia de las otras formas de representación literaria porque no intenta ya representar la realidad sino su reflejo en la conciencia.

"Si atendemos su perfil histórico y social, podemos llamar "novela de la Revolución Mexicana a un conjunto narrativo que resulta de la intensa lucha de clases que se produce en México por el estallido de la revolución de 1910 y que se prolonga hasta 1940, fecha en que finaliza el período presidencial de Lázaro Cárdenas. Así dice Rodríguez Coronel: "Es un ciclo en el que se observa una estrecha correlación entre las transformaciones que se llevan a cabo en la base de la sociedad y su repercusión necesaria en las esferas ideológicas, entre el esfuerzo de un pueblo por liberarse de relaciones de producción precapitalistas y la conmoción que el hecho provoca en la superestructura.

Por ello, esta novela se presenta como profundamente racionalista en sus propósitos, aunque esto no significa que se identifique con las aspiraciones de la burguesía nacional que sale de la revolución como clase hegemónica.

Pero vamos despacito, e iniciamos con las primeras obras: disienten de la conducción del proceso revolucionario, sus consecuencias inmediatas, violación de normas y contradicciones sociales, sostiene una amarga postura crítica. La limitación de esta crítica reside en que no atiende a las raíces de la deformación social; se mantiene en un plano superestructural y no objeta, sustancialmente el régimen de propiedad sobre los medios de producción; cuanto más, fundamenta su actitud en la defensa de la pequeña propiedad agraria, (excepción: José Mancisidor: novela de tendencia proletaria: La ciudad roja).

La crítica pesimista y el excepticismo de Mariano Azuela y la postura cínica de José Rubén Romero, tienen su explicación en las esperanzas y desiluciones del proceso revolucionario mexicano, que puso en primer plano, junto con la guerra, "el robo a mansalva, los aprovechamientos de caudillos ambiciosos, los saqueos de todo género, las venganzas, las delaciones... Toda la hez del país se revolvió en los primeros planos de la lucha civil". (1)

En este marco surge, en Lagos de Moreno, la obra juvenil de Mariano Azuela. Su posición y las características de su literatura reflejan los principios de la disolución -que pronto culminaría en la revolución- de la

(1) Bueno, Salvador. Op. Cit., pág. 313.

sociedad de las provincias mexicanas. En las primeras obras de Azuela alcanza una nuevacalidad literaria la forma narrativa de la antigua novela popular mexicana.

En el período de confrontaciones armadas alcanzan su clímax la vida y obra de Azuela. Se une a la revolución, pues espera que ella libere al hombre de toda opresión y explotación. Tras el desplome de la coalición revolucionaria, a fines de 1914, y el triunfo del ala burguesa, rechaza con repugnancia las prácticas de su propia clase, ahora llegada al poder, comienza una continua crítica -cada vez con nuevas perspectivas- de la revolución, y se aleja por completo de las masas populares. La obra maestra de Azuela en la época de la revolución es Los de abajo, que condensa muchos de los procedimientos narrativos que caracterizan este ciclo literario: la técnica cinematográfica, la narración indirecta, el diálogo ágil, el ritmo inquieto, se encuentran reunidos en la consecución de una fisonomía nacional. Por representar una ruptura definitiva con los valores y patrones importados en la época porfirista, por el acercamiento a los problemas urgentes de su tiempo, a pesar de su trágica amargura, esta novela estará siempre proyectada hacia el futuro.

En una primera fase, la burguesía nacional comienza a manifestarse tempranamente en el campo de la cultura. Alimentado por una corriente antipositivista, el Ateneo de la Juventud, reunido bajo el lema del ilustre porfirista Justo Sierra (1848 - 1912) de "nacionalizar la ciencia" y "mexicanizar el saber", constituye un sólido núcleo intelectual que indaga las raíces de México en busca del alma nacional.

Este movimiento restructurador de la cultura mexicana tendrá una enorme influencia en la consolidación y evolución de la burguesía en este plano. Todo intento de ilustración y actividad literaria posteriores que atienda a los cánones

del humanismo burgués, tendrá como antecesor al Ateneo. Desde este punto de vista, el pensamiento ateneísta se manifiesta en contra de la enajenación creciente del hombre mexicano dentro del desarrollo capitalista, sólo que este hombre es considerado metafísicamente y se identifica con el concepto de "raza".

La juventud del Ateneo no puede continuar su actividad conjunta más allá de los primeros años de la revolución; sin embargo, sus miembros, bajo la dirección de Antonio Caso, entre los que se destacan José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Martín Luis Guzmán, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, entre otros, crean una obra independiente cuya matriz debe buscarse en estos primeros años. Sin embargo, su producción no es homogénea. El caso más complejo es el de Vasconcelos. Alentador del universalismo mexicano en la etapa obregonista de la revolución, autor del Ulises criollo, creador de las teorías del telurismo y de la hispanidad, evoluciona luego hacia posturas de derecha que lo llevan a colaborar con dictaduras facistas. Pero en el Ateneo también está la simiente de la obra fecunda de Alfonso Reyes, Diego Rivera o Pedro Henríquez Ureña.

Esta decena de años que abarca la 1ª etapa de la novela de la revolución, comienza en los orígenes del movimiento maderista, sufre la traición y el escarnio de Victoriano Huerta, la guerra civil de 1914-1915, y el triunfo de la burguesía nacional y de los latifundistas liberales representados por Venustiano Carranza. En este período, el novelista adquiere las vivencias básicas para su narrativa.

El período revolucionario que abarca de 1920 a 1928, año en que la clase obrera se separa de la pequeña burguesía y de la burguesía posrevolucionaria, se inicia con una de las mayores muestras de nacionalismo en el arte: el muralismo mexicano.

Un antiguo ateneísta, José Vasconcelos, ocupa la Secretaría de Educación Pública en octubre de 1921 bajo el gobierno de Alvaro Obregón. Desde allí se estimula la creación de enormes murales pictóricos que recrea la historia de México, hablan de la lucha de su pueblo, de la explotación sufrida, interesados en una acción concientizadora.

Diego Rivera, antiguo ateneísta, José Clemente Orozco, y David Alfaro Siqueiros trasladan a sus frescos los conflictos, las angustias, las esperanzas y la victoria del pueblo mexicano. En ellos aparece el personaje colectivo, la masa popular, como en las mejores novelas de la revolución. Tanto el muralismo como la novela de la revolución mexicana surgen de una misma coyuntura histórica.

No obstante las manifestaciones poéticas y plásticas del período, la novela de la revolución mexicana no surgirá con nuevo vigor hasta después de 1925, año que tiene diversos factores que generan una producción literaria sobre el proceso revolucionario.

Internamente, el gobierno de Calles intenta un desarrollo capitalista con lo que tiene que enfrentar la reacción de los terratenientes, representados en su más alto grado por la Iglesia. El país conoce una nueva guerra civil: la guerra cristera, que también repercutirá en la narrativa.

Externamente, los intereses capitalistas-imperialistas asedian con más insistencia al gobierno mexicano defensor de una fuente de riqueza: el petróleo.

Pero, además, México comienza a sufrir los embates de la crisis económica del 29. La conjugación de estos aspectos condiciona una realidad particularmente explosiva que encontrará su climax en la capitulación de Calles al capital extranjero en 1927.

En este momento de la revolución mexicana nos encontramos con la producción más lograda de un novelista, que ofrece el mejor ejemplo de testimonio autobiográfico y abre la narrativa político social en el país: Martín Luis Guzmán (Chihuahua, 1887) que con El águila y la serpiente (1928) y La sombra del caudillo (1929), inaugura una nueva fase de la novela de la revolución mexicana.

Guzmán ataca directamente la corrupción y la demagogia reinantes en los grupos políticos de la sociedad mexicana de la época. Su interés es el saneamiento del clima político electoral.

En el año 1929 el movimiento obrero se ha robustecido, y se ha independizado de la demagogia de la pequeña burguesía obregonista y de la burguesía posrevolucionaria. Este movimiento obrero tiene ya conciencia de sus objetivos como clase social e irrumpe en la pugna ideológica-literaria de la década del 30. En 1929 se funda el P.N.R. con vistas a crear una ideología que concilie los intereses de la burguesía nacional y dirija el proceso revolucionario con el concurso de las masas populares.

A partir de este año cristalizan tres tendencias fundamentales de las líneas temáticas de la novela de la revolución mexicana.

1. La novela cristera, máximo exponente de las posiciones más retardatarias. Héctor (1929) de Jorge Gran. La Virgen de los cristeros (1934) de Fernando Robles.
2. La novela de tendencia proletaria, vinculada directamente con los intereses del movimiento obrero: La ciudad roja (1931) de José Mancisidor (1894-1956).
3. La novela nacional revolucionaria, que apoya al movimiento de Lázaro Cárdenas: Tierra (1932) y El indio (1935) de Gregorio López y Fuentes (1891-1966).

Tierra de temática agrarista, recoge la lucha de Emiliano Zapata durante casi diez años por la tierra. En El Indio, López y Fuentes vuelve sobre uno de los aspectos que conforman la "mística de la revolución": el problema del indio, observado desde una perspectiva alegórica.

La fase final de la novela de la revolución mexicana cierra su ciclo en la vuelta a la provincia sosegada. Después de años de una crítica amarga, de hacer de la narrativa un medio de concientización, de servir de crónica interesada, la novela regresa al medio provinciano para hacer un recuento.

José Rubén Romero (1899-1952): La vida inútil de Pito Pérez, que revela no sólo las incidencias o no de la revolución en la provincia, sino también la transformación o no del hombre que en ella habita. El indio, el campesino, aquellos por los que se dijo hacer la revolución no han cambiado de suerte. Las causas las encuentra el autor en los mecanismos de gobierno, en los intereses creados que alejan los propósitos democráticos de su realización práctica, en una burguesía que enajena el poder del pueblo y divide sus promesas libertadoras. Visión de Romero: se vuelve escéptica.

En 1940, con la toma de posesión de la presidencia de México del general Manuel Avila Camacho, ya había comenzado una nueva etapa en la vida social mexicana y con ella, otra expresión en su novela.

La producción literaria posterior, a la sombra de la consolidación de un estado dirigido por una burguesía ya poderosa, comenzará a reflejar la problemática inherente a esta clase social; así importa modelos literarios donde injerta su tradición y se aleja cada vez más de la relación social del hombre con su medio. Este importa en la medida en que repercute en la psiquis del personaje para establecer vínculos subjetivos que permitan la exploración de la conciencia.

Al filo del agua de Agustín Yáñez (1904) cierra definitivamente la novela de la revolución y abre otros horizontes a la narrativa mexicana contemporánea. En esta obra la revolución se interioriza y su movimiento renovador libera los instintos reprimidos por estructuras sociales anacrónicas. Para ello regresa a la sociedad prerrevolucionaria, a un pueblo enlutado al filo de la revolución, cuyos habitantes se debaten dentro de una dicotomía metafísica, represión/expresión, lo cual permite indagar su mundo interior.

Esta preocupación por el carácter espiritual del hombre mexicano, tiene sus antecedentes en la labor ateneísta. Recordemos el epigrafe de Samuel Ramos a su obra El perfil de hombre y la cultura del hombre. "Sólo partiendo del ALMA puede descubrirse la historia del hombre" de O. Spengler.

De este modo, después de 1940, se produce la frustración de una narrativa que a pesar de la diversidad de posturas ideológicas, de la incompreensión de un fenómeno que rebasó los límites nacionales estuvo siempre atenta al impulso de su tiempo y buscó siempre en la realidad social los conflictos de una época.

R E S E Ñ A C R I T I C A

DESSAU, ADALBERT. "La novela de la Revolución
Mexicana"

Y

RODRIGUEZ CORONEL, ROGELIO. "Prólogo"

EN: La novela de la Revolución Mexicana

(Casa de las Américas: La Habana, 1975) Págs. 7-75

LIC. NORY MOLINA QUIROS